

1997

## Juan Montalvo: una reescritura del Quijote en América

Marcela Ochoa Penroz

---

### Citas recomendadas

Penroz, Marcela Ochoa (Otoño-Primavera 1997) "Juan Montalvo: una reescritura del Quijote en América," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 4.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/4>

## JUAN MONTALVO: UNA REESCRITURA DEL *QUIJOTE EN AMERICA*

Marcela Ochoa Penroz

**P**or mucho tiempo se sostuvo la idea de que el *Quijote* no pudo llegar a América en el siglo XVII, debido a las rígidas disposiciones que impedían ingresar a las Indias libros de imaginación o fantasía. Francisco Rodríguez Marín asevera que una Real Cédula del 4 de abril de 1531 prohibía la entrada de “libros de romances, de historias vanas o de profanidad, como son de Amadís e otros desta calidad, porque este es mal ejercicio para los indios, en cosa en que no es bien que se ocupen ni lean” (*Estudios cervantinos* 95).

Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas*, afirma que el primer ejemplar del *Quijote* que arribó a América fue desembarcado en diciembre de 1605 en El Callao, como obsequio para el Virrey del Perú, don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca, y que fue remitido por un amigo del Virrey que se encontraba en México. Esta versión de Palma le parece a Rodríguez Marín “un cuento de camino”, por su falta de documentación y verosimilitud. Por su parte, Francisco de Icaza dice que según González de Obregón, en su *México viejo y anecdótico*, fue Mateo Alemán quien trajo el primer ejemplar del *Quijote* a la Nueva España, en 1608 (*Supercherías* 19). Igual que Rodríguez Marín, Icaza califica estas afirmaciones como “invenciones novelescas” o “supercherías” de Obregón.

Las fabulaciones en torno a la entrada de los primeros ejemplares del *Quijote* al Nuevo Mundo pierden todo asidero cuando Rodríguez Marín decide ir a investigar al mismísimo Archivo General de Indias y descubre que las aludidas prohibiciones reales sobre los libros impedidos de ingresar a América cayeron en desuso prontamente, encontrándose registros de cientos de libros “de imaginación”, legalmente ingresados al continente. Lo que resulta más sorprendente es que sólo cinco o seis semanas después de

publicada la primera parte del *Quijote*, ya estaba circulando en América la edición princeps de la inmortal obra cervantina. Afirma Rodríguez Marín al respecto:

Pero los trescientos cuarenta y seis ejemplares del que hallé registrados en 1605 no son, ni con mucho, todos los que se llevaron allá en el dicho año; porque es de advertir que la colección de los registros de ida de naos correspondientes a aquel tiempo está muy incompleta; tanto, que de flotas en que fueron treinta y más naves, apenas si quedan los registros de ocho o diez. Para calcular el número de ejemplares del *Quijote* que se enviaron a las Indias en 1605, no me parece, pues, exagerado multiplicar por cuatro el número de los que se averigua que allá fueron; y, hecho así, adquiere el convencimiento de que antes de terminar el año en que salió a luz la mejor y más donosa de las novelas del mundo, y muy a comienzos del siguiente, había en tierras americanas cerca de mil quinientos ejemplares de ella. (103-104)

Agrega Rodríguez Marín que si el *Quijote* era conocido por los cultos americanos que lo leían, también el pueblo lo conoció en las fiestas y mascaradas que se celebraban en el Nuevo Mundo. Así, por ejemplo, en 1607, en Pausa, Perú, se celebró una fiesta de sortija en honor al nuevo virrey del Perú, don Juan Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros. Entre los personajes que entran a escena figura Don Quijote:

A esta hora asomó por la plaza el Cauallero de la Triste Figura don Quixotte de La Mancha, tan al natural y propio de como le pintan en su libro, que dió grandissimo gusto berle. Benia cauallero en vn cauallito flaco muy parecido a su rrozinante, con vnas calçitas del año de vno, y vna cota muy mohosa, morion con mucha plumaria de gallos, cuello del dozabo, y una mascara muy al propoósito de lo que rrepresentaba. Acompañabanle el cura y el Barbero con los trajes propios de escudero e ynfanta Micomicona que su corónica quenta, y su leal escudero Sancho Panza, graçiosamente bestido, cauallero en su asno albardado y con sus alforjas bien proueydas y el yelmo de Mambrino.... (125)

Así pues, gracias al quebrantamiento de la ley, los habitantes del Nuevo Mundo no tuvieron que esperar a que en 1833 viera la luz en México la primera edición americana del *Quijote*, para saber de su existencia. A la altura de 1605 ya era conocido por todos los estratos sociales.

Los autores de textos originados en el *Quijote* se multiplican de manera insospechada. Emilio Carilla en su libro *Cervantes y América*, informa que entre muchos otros, encontramos a Luis Otero Pimentel, cubano, quien publica en 1886 sus *Semblanzas caballerescas o Las nuevas aventuras de Don Quijote de la Mancha*; Tulio Febres Cordero, venezolano, da a luz en 1905 a *Don Quijote en América*; en México, José Joaquín Fernández de Lizardi imprime *La Quijotita y su prima y Don Catrín de la*

*Fachenda*. Otros mexicanos que honran a Cervantes son: Heriberto Frías, con la novela *El triunfo de Sancho Panza*; y Manuel José Othón, con su drama *El último capítulo*, además de numerosos poemas, entre ellos “Don Quijote y Dulcinea”. Siguiendo con la poesía, está también el poeta nicaragüense Rubén Darío y sus “Letanías de Nuestro Señor Don Quijote”; a lo que hay agregar los colombianos José Asunción Silva, autor de “Futura”; Guillermo Valencia, con “La razón de Don Quijote” y Ricardo Nieto, con “¡Oh, Sancho!”.

En su libro *Don Quijote en el país de Martín Fierro*, Guillermo Díaz-Plaja aporta varios autores argentinos a la extensa lista de los imitadores o entusiastas de la obra de Cervantes. Entre ellos cabe destacar a Evaristo Carriego, con su poema “El alma de Don Quijote”, Juan Bautista Alberdi y su novela satírica *Peregrinación de Luz del Día o Viaje y Aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*; Ventura de la Vega y sus dramas *Los dos camaradas* y *Don Quijote de la Mancha* (1861); Enrique Larreta, con *La Gloria de Don Ramiro* y *La Naranja*; Leopoldo Lugones con “La divergencia universal” (1918); Eduardo Sojo y su obra teatral *Don Quijote en Buenos Aires* (1844); Leonardo Castellani con *El nuevo gobierno de Sancho* (1944); Fryda Schultz Cazeneuve y *Los muñecos de Maese Pedro*, (1934). Cabe destacar que Díaz-Plaja considera que la culminación del *Quijote* en Argentina es la célebre obra de José Hernández titulada *Martín Fierro*, cuyo protagonista le parece el Quijote americano (23-173).

Por su parte, Dolores Martí de Cid afirma con razón, que la presencia del *Quijote* en Hispanoamérica es tan grande, que ya es posible hablar de una bibliografía de las bibliografías cervantinas existentes. Sobre algunos inventarios nacionales, dice ella:

Hay una serie de libros como: *El Quijote en el país de Martín Fierro* de Guillermo Díaz-Plaja, *Cervantes en Colombia* de Eduardo Caballero Calderón, *Cervantes y el Perú* de Raúl Porras Barrenechea, *Cervantes en las letras chilenas* de José Toribio Medina, *Bibliografía comentada sobre los escritos publicados en la Isla de Cuba, relativos al Quijote* por Manuel Pérez Beato. Es decir que, el interés sobre Cervantes no ha decaído nunca en Hispanoamérica, sobre todo alrededor del siglo XIX y del siglo XX. (“Presencia del Quijote” 6)

En las letras hispanoamericanas, el intento más audaz de sobrepasar al texto cervantino correspondió al escritor ecuatoriano Juan Montalvo.

Juan Montalvo nació en Ambato, Ecuador, el día 13 de abril de 1832. En 1851 se gradúa de maestro de Filosofía. Comienza su carrera literaria en “La Democracia”, diario de propiedad de su hermano Francisco Javier. En 1857 viaja a París como representante diplomático. En 1857 regresa a Ecuador y le envía una carta-advertencia al dictador García Moreno. Ese mismo año se casa con doña María Adelaida de Guzmán, quien fallece poco

después. En 1866 aparece el primer número de *El Cosmopolita*, polémica revista fundada y dirigida por Montalvo. En 1869 ocurre el golpe de estado de García Moreno. Montalvo sale al destierro. Después de deambular por varias ciudades, se establece en Ipiales, pueblo colombiano en la frontera con Ecuador. El año 1872 escribe una serie de folletos políticos. En 1875, cuando se entera del asesinato de García Moreno, perpetrado por jóvenes admiradores suyos, pronuncia la legendaria frase: "Mía es la gloria. ¡Mi pluma lo mató!". En 1876 regresa al Ecuador, pero un nuevo golpe de estado, esta vez del general Veintemilla contra el presidente electo Antonio Borrero, lo obliga a salir al destierro. En 1880 publica *Catilinarias*. En 1881 viaja a París con el manuscrito de *Siete tratados* y de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. En el curso de 1883 viaja a España, país donde conoce a Campoamor y a Núñez de Arce, quienes tratan — sin éxito — de incorporarlo a la Real Academia Española de la Lengua. En 1884 publica "Mercurial eclesiástica", texto en el que ataca al Arzobispo de Quito, quien había prohibido la lectura de *Siete tratados*. En 1886 lo encontramos en París, donde publica *El espectador*. En 1887 aparece "El vejestorio ridículo", en el que ataca al Secretario de la Real Academia que se había opuesto a su ingreso en esa institución. Enferma gravemente de pleuresía, en 1889 y fallece en París el 17 de enero de 1890.

Montalvo fue un luchador incansable contra los tiranos que oprimían a su país, por lo que pasó largos años de exilio en diferentes países, como Francia, Panamá, Perú y Colombia. Desde esos rincones del mundo combatía al tirano Gabriel García Moreno, que gobernó despóticamente al Ecuador por quince años. Montalvo escribía cartas, se reunía con los refugiados, fundaba revistas y siempre estaba al tanto de lo que sucedía en su patria. Desde su destierro en Ipiales, las emprende contra el dictador Veintemilla, escribiendo sus *Catilinarias*, doce diatribas contra el tirano de turno (Rosenblat 11).

Aunque cronológicamente pertenecía al período romántico, Montalvo nunca se identificó con sus coetáneos, que despreciaban todo lo que provenía de España — incluido su idioma — y resaltaban la grandeza americana, como reacción incubada durante las guerras independentistas. Montalvo abogó por el lado opuesto: el clasicismo, criticando todo lo que provenía de América y exaltando la grandeza española del Siglo de Oro, y en particular su lengua y su literatura. Montalvo desprecia la supuesta rudeza y barbarie del habla americana, contraponiéndola a la lengua de los castellanos:

La lengua de Castilla, ésa en que Carlos Quinto daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, ésa de que traducían Corneille y Molière; la lengua de Castilla, ésa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra... la lengua en que debemos hablar con Dios, ¿a cuál sería inferior? (citado por Rosenblat, Introducción 20)

Montalvo fue un casticista en extremo, que luchaba por la restauración y preservación de la lengua española en América y se apegaba rigurosamente a los preceptos normativos y al *Diccionario* de la Real Academia Española de la Lengua, sin permitir que la lengua americana fluyera libremente para enriquecer el caudal de la de Castilla. Por ejemplo, algunavez se disculpará por mencionar la palabra “papa”, nombre quechua y sin equivalente en el lenguaje del viejo mundo (Anderson Imbert, 36). Estos extremos marcan su obra. Sus fuentes son los clásicos españoles del Siglo de Oro y él se de maña para escribir “a la española” y no a la “ecuatoriana”. Parece ser que Montalvo se avergonzaba de su lengua materna, a la que despectivamente llama “jerga americana”. A este respecto, la crítica se ha dividido entre los defensores del americanismo y los defensores del casticismo de Montalvo. Entre los que atacan el estilo de Montalvo, se halla Enrique Anderson Imbert, para quien “Montalvo no podía menos de padecer una bizquera idiomática, ... mientras miraba con un ojo ecuatoriano, el otro ojo se le desviaba hacia la Academia” (32). Por su parte, Claude Dumas asevera que “Montalvo está en las antípodas del liberalismo revolucionario de Hugo, ya que se empeña en escribir un castellano castizo y clásico, en la tradición de los Bello, Cuervo y Baralt” (“Montalvo” 82-3). Finalmente, Guillermo Díaz-Plaja califica la obra de Montalvo como “pastiche lingüístico y literario” (*Don Quijote en el país de Martín Fierro* 59). Entre los que toman partido a favor de la postura de Montalvo,<sup>1</sup> debemos mencionar a José Enrique Rodó, para quien el estilo selectivo clásico montalvano “se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica del Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España” (59). También Gonzalo Zaldumbide opina que el estilo de su compatriota es netamente americano. Sobre la lengua de Montalvo, nos dice:

No es desde luego sistemáticoreconstrucción del habla de Cervantes, ni cuidadoso y sapiente empleo de sólo palabras y giros de la época. Donde otro hubiera emprendido obra retrospectiva de gramático o purista arcaizante, Montalvo se mueve con el señorío y libertad de quien se halla en su elemento, hablando su lengua nativa. (*Juan Montalvo* 68)

¿Hablando su lengua nativa? Nos parece que Zaldumbide yerra en su aseveración. Nada hay más alejado de la lengua nativa del Ecuador que la prosa de Montalvo. Pero eso no es todo. Además, Montalvo cierra los ojos a la literatura de sus coetáneos y desprecia su cultura, criticando la ignorancia, las malas traducciones y el afrancesamiento que pululaban por aquel entonces:

Si hablo de los antiguos, raras veces me propaso; mas los poetillas actuales y nuestros escritoruelos menguados ¿por qué me han de inspirar ese respeto que dice vuesa merced? Sólo en un pueblo tan sin luces como el

nuestro pueden pasar por hombres superiores, necios como aquel que, sabiendo apenas leer y escribir, tiene asegurado su nombre para la posteridad. (360)

En 1867 Montalvo publica en *El Cosmopolita* — revista editada por él mismo — un “Capítulo que se lo olvidó a Cervantes”. El texto tuvo muy buena crítica y recibió la aprobación y el entusiasmo del escritor colombiano José María Samper, a quien Montalvo hace responsable de incitarlo abiertamente a escribir un libro completo sobre el tema: “Esas palabras de Samper han originado un libro; si es un acierto, a él la honra; si es una caída, a él la pena” (citado por Naranjo 281). Así nacen sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, libro que se publicó póstumamente en Francia, en 1895.

La obra consta de sesenta capítulos, que Montalvo concluyó durante sus seis meses de estadía en Ipiales. En el prólogo, titulado “El Buscapié”, el autor da las razones que lo motivaron a escribir los *Capítulos*. Básicamente sostiene que Cervantes escribió su obra maestra no sólo para que la leamos, sino también para que la copiemos. Por ello, su propósito es imitar el *Quijote*, como tantos otros lo hicieron en el pasado y volverán a hacerlo en el futuro.

Muy interesante es “El Buscapié” desde otra perspectiva, ya no como mera introducción a los *Capítulos*, sino como clave esclarecedora del pensamiento combativo de Montalvo, lo que lo vincula a la leyenda que se fraguó alrededor del propio Cervantes. Nos dice al respecto Anderson Imbert:

Ya la edición del *Quijote* realizada por la Academia en 1780, se hace eco de la tradición falsa según la cual Cervantes publicó una obrita con el título de *El Buscapié* para indicar a los lectores que no entendían, que su obra encubría alusiones al Emperador Carlos V y al Duque de Lerma. (97)

Por su parte, Francisco de Icaza nos informa, muy documentadamente, de lo que él llama la primera superchería en torno a Cervantes: la leyenda del “Buscapié”, embuste que circuló primero en forma oral y luego por escrito. Pellicer no le dio mucho crédito, pero lo menciona en su *Ensayo de una Biblioteca de Traductores*. Más tarde aparecen los críticos que dicen haber visto el manuscrito cervantino, pero que no pueden exhibirlo, aduciendo que se perdió o se quemó en un incendio. La patraña va creciendo, hasta que Alfonso de Castro publica con un éxito tremendo su versión del “Buscapié”, que es una reconstrucción de lo que habría escrito Cervantes, según supuestas investigaciones llevadas a cabo por el propio de Castro. El fraude se toma por verdadero y se publica en diversos idiomas. Pero la crítica del siglo XX no da crédito a esta superchería, y así pasa al olvido lo que fuera el controvertido *Buscapié* de Cervantes (Icaza, *Supercherías* 201-14).

Con su prólogo, Montalvo adhiere a esta tradición decimonónica, al ofrecer al público su propio “Buscapié”, en el que revela abiertamente los

nombres y apellidos verdaderos de los malhechores políticos que en su libro aparecen en clave. Algunos críticos restan importancia al carácter político de la obra montalvina, aduciendo que esto no es algo central, sino anecdótico, de “curiosidad lugareña” (Zaldumbide 70). Sin embargo, lejos de ser una narración ahistórica, los *Capítulos* están cargados de alusiones contingentes, coetáneas al autor. Así opina, por ejemplo, Plutarco Naranjo, quien defiende el papel polemista de Montalvo:

He aquí pues la razón de ser del Quijote montalvino. Cada pueblo necesita su Quijote, como símbolo de los valores del espíritu: ora el andante caballero, protector de doncellas, amparo de las viudas; ora el patriota temerario que lucha por la independencia de su pueblo, ora el rebelde que proclama el tiranicidio, ora el revolucionario que aspira a la justicia social. (285-86)

La crítica del *Quijote* de Montalvo se había centrado generalmente en dos planos: el idealista o ético (Rodó, Zaldumbide) y el formalista (Anderson Imbert). No es sino hasta el estudio de Noel Salomón que se comienza a rescatar la vertiente histórica de los *Capítulos*, visto como un texto militante:

... Si queremos recuperar la parte consciente del mensaje emitido por el autor... no podemos limitarnos al estudio unilateral del texto —significante visto como soporte lingüístico de un significado reducido a la lección evangélica de un “quijotismo” general y abstracto que se ejercería en un cielo límpidamente “filosófico” fuera de toda encarnación terrestre. (“Sobre la imitación” 92-93)

El estudio completo de Salomón se dirige a revalorar la obra de Montalvo, ya no desde una perspectiva ética o formalista, sino como un documento histórico, espejo de un pensador de su época que ataca al dictador que oprime a su amado pueblo. Y podemos concluir junto con Rodó de la siguiente manera: “Como Sarmiento para Rosas; para García Moreno, Montalvo” (38).

Los *Capítulos* están escritos a imagen y semejanza del *Quijote* cervantino; tienen su mismo tono y estilo. Hasta los títulos parecen sacados directamente de Cervantes. Por ejemplo, el capítulo I: “De la penitencia que a imitación de Beltenebros principió y no concluyó nuestro caballero Don Quijote”; el capítulo XXXII: “Que trata del santo hombre de ermitaño que Don Quijote encontró en el cerro, con lo cual su aventura iba a ser de las más acabadas”, o el capítulo LVII: “De las razones que mediaron entre Don Quijote y su criado, hasta cuando al primero se le ofreció una aventura muy ridícula de dos notables sucesos antiguos”. La diferencia está en que las aventuras caballerescas quedan postergadas tras la moral y los preceptos idiomáticos que encontramos en cada página.



Montalvo aclara que Cervantes escribió su *Quijote* muy descuidadamente, sin corregir ni volver al manuscrito. Por ello habría algunos manchones y huecos que llenar. Montalvo vendría al rescate, por lo tanto, después de más de dos siglos, no a escribir otro *Quijote* u otra versión, sino a completar los supuestos olvidos de Cervantes. Así, el don Quijote de Montalvo, no sería una recreación o una figura que ha tenido que resucitar de la muerte, sino que es el mismo personaje cervantino que amplía su radio de acción. Físicamente, no hay duda de ello: "Su seco, largo rostro, tostado por el sol y lleno de polvo, era tan singular como su porte y su armadura", nos dice el escritor ecuatoriano. Sin embargo, el personaje que encontramos en los *Capítulos* es en esencia diferente del de Cervantes. Para Montalvo, don Quijote sería un discípulo de Platón cubierto con una capa de sandez; y el móvil que guiaría sus extravagantes acciones sería la búsqueda de la virtud (25-27). Esta es la base del autor ecuatoriano para la creación de su personaje; a través de sus acciones y pensamientos quiere darnos una lección moral. Montalvo conduce su libro hacia el lado didáctico mucho más que hacia la veta cómica o satírica. Es precisamente este último aspecto lo que le critica al *Quijote* de Avellaneda, y sostiene que éste, al haber explotado la burla y la carcajada torpe y bruta, sólo consigue envilecer al personaje cervantino (60).

Montalvo termina su prólogo invocando al propio Cervantes para que lo ilumine en este empresa:

Y tú, Cervantes, a quien he tomado por guía, como Dante a Virgilio, para mis viajes por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate a mí, y apóyame; dirígeme la palabra, y enséñame. (126)

Agreguemos ahora que la trama de los *Capítulos* se asemeja demasiado puntualmente al hipotexto del cual procede, lo que le resta novedad. Por ejemplo, el episodio del cuerno de Astolfo es equivalente al del yelmo de Mambrino; los avatares en la finca de Don Prudencio Santiváñez y las burlas a las que don Quijote se ve sometido allí, corresponden a su estadía en el castillo de los duques; en la venta de un moro, una compañía de comediantes representa algunos romances a semejanza del romance de Gaiferos y Melisendra, representado en el retablo de Maese Pedro; el ungüento de Hipermea reemplaza al bálsamo de Fierabrás y, finalmente, Sansón Carrasco también hace su aparición disfrazado de caballero, para luchar contra don Quijote. Por otra parte, se alude mecánicamente a aventuras o personajes involucrados en el *Quijote* de Cervantes, como la aventura de los batanes; la intervención de Frestón para quitarle honra al caballero, trastrocando las cosas; la ínsula Barataria; Ginés de Pasamonte; el Caballero de los Espejos; las bodas de Camacho; el apaleo de los yangüeses; el escritor Cide Hamete Benengeli; el manteamiento de Sancho; la aventura de los ejércitos; el

caballero de Verde Gabán; los duques; la venta de Juan Palomeque; el caballero del bosque; los tres mil trescientos azotes de Sancho; la Sierra Morena y la penitencia de don Quijote; las narices postizas de Tomé Cecial, y otras innumerables repeticiones. Las pocas aventuras que aporta Montalvo sólo sirven de soporte a su pensamiento y no añaden nada destacable.

El primer esbozo de título para estos *Capítulos* fue “Ensayo o estudio de la lengua castellana”, y a medida que nos adentramos en el texto, corroboramos que esta denominación habría sido la más indicada. Porque el libro, más que novela u obra del género narrativo, parece una preceptiva gramatical, llena de correcciones idiomáticas que Don Quijote le ofrece a Sancho:

No veo, respondió Sancho, por dónde este buen franciscano venga a ser sarraceno. Lo que debiéramos hacer fuera entregarlo a su comunidad, y allá su perlado le infrinja el castigo merecido por estas borracherías. — Ya te dejaste decir infrinja; otro despropósito, replicó Don Quijote. Lo que quisiste decir fue imponga; pues el verbo infligir mismo ha caducado en nuestra lengua. Ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo para que pueda pasar; sírvate de regla esta observación, y no digas perlado, sino prelado. (LIV 523)

He aquí algunas normas sobre lo que es correcto y lo que es incorrecto desde el punto de vista normativo, según los *Capítulos*:

<b>Incorrecto</b>	<b>Correcto</b>	
fraturadas	fracturadas	(pág. 158)
pantasma	fantasma	(pág. 254)
jabalices	jabalíes	(pág. 337)
mihuelo	mío	(pág. 379)
carrasposa	áspera	(pág. 452)
acioma	axioma	(pág. 437)
rendevicación	reivindicación	(pág. 444)
rudimentos	elementos	(pág. 451)
pioverbios	proverbios	(pág. 508)
seso	sexo	(pág. 526)

Si en su *Quijote* Cervantes criticaba lateralmente los refranes que usaba Sancho, con el fin de revelar determinados aspectos de su carácter, a la vez que regocijar al lector, Montalvo convierte la crítica normativa en su pedantesco objetivo principal.

El otro énfasis que hay en el libro está puesto en la moralidad. La crítica social de Montalvo se abre a diferentes instancias, que van desde el clero hasta la justicia — como en la picaresca — y tiene el propósito de denunciar y sanear los males que corrompen a la sociedad, relegando las aventuras de don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza a un segundo o tercer plano. En el libro del ecuatoriano figuran innumerables digresiones

y opiniones personales del autor, todas dichas en el más puro estilo clásico y regidas por el canon del Siglo de Oro español y su arsenal de tópicos. Así, por ejemplo, la exaltación de la vida sencilla (*beatus ille*), sumada al tópico de menosprecio de corte y alabanza de aldea, como contraposición a la vida afectada y falsa de las ciudades, en los capítulos III, VIII, X, XX y XXII:

Dichosos los pobres si tienen qué comer, porque comen con hambre. La salud y el trabajo tienden la mesa, bien como la conciencia limpia y la tranquilidad hacen la cama: el hombre de bien, trabajador, se sienta a la una, se acuesta en la otra, y come y duerme de manera de causar envidia a los potentados. (III 141)

La finalidad de Montalvo es la misma que impelía a escribir a ciertos escritores didácticos del Siglo de Oro: instruir deleitando. Montalvo corrige, enseña, denuncia, y todo esto tiene un solo norte: encaminar al hombre hacia la senda de la virtud. Este ideal connota también una filosofía humanista, porque las denuncias y críticas sirven para que el hombre conozca sus limitaciones y luche por vencer sus inclinaciones en pro de una vida mejor. En los *Capítulos* se critica la religiosidad exterior y la corrupción del clero (IX, XXII); se defiende la verdad (XXI), la amistad (XXXI), el amor (XLII) y la libertad (XX); y se ataca la hipocresía (XXI), la envidia (XXIV), el orgullo (XXXV), el vicio (XVII) y la vanidad (LV, LVIII). También se critica el sistema judicial (XLVIII y XLIX), la burocracia (XLIX), el poder de Don Dinero (LV), y a los malos gobernantes (VI).

La idea del “mundo al revés” que tiene Montalvo se relaciona con el elogio de la locura a la manera erasmista:

Cuando loco, ese enfermo era el más feliz de los mortales, pues su desarreglo consistía en estar viendo el mundo cual un teatro iluminado por luz divina, donde se estaban desenvolviendo prodigios increíbles al son de una música lejana y vaga. Si vivimos contentos merced a un engaño, ningún bien nos hacen al sacarnos de él y volvernos a la realidad, madre de sinsabores y dolores. ¡Felices los locos, si no propenden al mal y su locura rueda en una órbita sonora y luminosa! ¡Oh locura, tú eres como la pobreza, heredad fácil de cultivar, no sujeta a los celos de los amigos, ni expuesta a la envidia y la venganza de ruines y perversos! El demente cuyo desvarío es agradable, es más feliz sin duda que el hombre cuerdo cuyas verdades son su propio tormento y el de sus semejantes. (V 161)

Las aventuras originales que se desprenden de los *Capítulos* son pocas: don Quijote se topa en su camino con diferentes personajes que le sirven a Montalvo para apoyar sus elucubraciones y a la vez para lucirse y mostrar su erudición en lo que a literatura del Siglo de Oro se refiere. Montalvo parece haber leído muchos libros de caballerías y se da maña para introducir su pericia en el tema, lo que redundaba en una suerte de catálogo de héroes y situaciones, que llegan a cansar hasta al más curioso lector.

El egocentrismo de Juan Montalvo, por otra parte, alcanza su punto máximo cuando, en casa de don Prudencio, Santiváñez pontifica sobre los nombres de las personas. Escuchémosle ponderar su propio nombre de pila, por boca de don Quijote:

¿Qué más quiere el que se llama Juan? Nombre corto, suave: con un ay está pronunciado, y no hiere los oídos ni llama la atención por lo sonoro y retumbante. El amigo y el discípulo más queridos de Jesús se llamaron Juan. Cuando oían salir de sus labios este dulce vocablo “Juan”, cierto era para ellos que serían con él en el paraíso. (XX 277)

Sin embargo sólo en dos ocasiones Montalvo menciona expresamente a don Miguel de Cervantes en su obra. La primera ocurre entre los capítulos XLVI y XLVII, cuando en una página en cursiva, con el título de “Comentario”, pide excusas por insertar en sus *Capítulos* la escena de un ahorcado, que es ajena al *Quijote*. Dice Montalvo:

Como quiera que sea, el criminal se queda en su picota, y ésta no es imitación directa del Quijote, pues ahorcados en árboles se hallan muchos en las novelas clásicas españolas de los siglos decimosexto y decimoséptimo. En el *Persiles*, de Cervantes mismo, vuelve el lector a tropezar con un ahorcado en un árbol. Los autores, jueces terribles, a las veces, suelen castigar a los malvados con infamia perpetua: cosa justa y debida. (441)

El último párrafo es, además, justicia poética, ya que en la ficción, y como autor todopoderoso, Montalvo mata a un delincuente, que no es otro que Ignacio Veintemilla: es decir, el mismísimo general ecuatoriano que lo desterró de su país. Este incidente aislado actualiza los *Capítulos* y, por un momento, centra el libro en la realidad contingente del Ecuador del siglo XIX.

La segunda ocasión en la que alude a Cervantes está en el capítulo final que lleva por título: “Donde el historiador da fin a su atrevido empeño, no de hombrearse con el inmortal Cervantes ni de imitarle siquiera, sino de suplir con profundo respeto lo que a él se le fue por alto”. Así pues, el autor ecuatoriano reitera que él ha escrito lo que a Cervantes se le ha olvidado y, por tanto, ahora sí el *Quijote* es un libro completo.

Montalvo concluye su *Quijote* de una manera diferente a la de Cervantes y sin dramatismo alguno: el personaje se retira de su carrera caballerescas de buena gana, como lo haría un funcionario que se acoge a jubilación. Nadie lo obliga a hacerlo, nadie lo vence. A su vez, Sancho Panza también se retira sin más trámites. Es como si el proyecto se hubiera agotado y no restase nada más que decir, sino redundar en lo mismo: sentencias morales y correcciones idiomáticas.

Se siente un poco de desazón al terminar el *Quijote* de Montalvo, porque su invención no es ni la sombra del caballero manchego cervantino, que salió en busca de aventuras para honrar a la caballería, deshaciendo entuertos, haciendo justicia y ayudando a las doncellas menesterosas. Del

*Quijote* original, caballeresco, idealista, loco-cuerdo de Cervantes no queda nada. El personaje de Montalvo, como un actor, hace mutis por el foro, gratuitamente, y se le ocurre hacer su testamento sin estar ni enfermo, ni acabado o desengañado de la vida. El autor ya no tiene nada más que decir y produce un desenlace artificial. Su don Quijote, imitando al Cid, deja escrito en su testamento que no quiere que le contraten plañideras para su funeral, porque las lágrimas de Dulcinea le bastan, como al Cid le bastaban las de doña Jimena. En segundo lugar, pide que su tumba no tenga más adornos que sus armas. También solicita la construcción de un monumento a la memoria de su fiel caballo Rocinante y, finalmente, le deja a Sancho un quinto de su hacienda. Resulta curioso que el modelo medieval a quien el personaje de Montalvo desea imitar en este punto no sea el Amadís de Gaula, sino el Cid Campeador.

En cuanto a su destino futuro, el Quijote de los *Capítulos* elucubra más que el de Cervantes. Le preocupa su descendencia, así como también el porvenir de Dulcinea. Aspira a ser padre prolfico e incluso imagina la viudez de Dulcinea: “Poco haría Dulcinea con abdicar la corona después de mi fallecimiento y acogerse a un monasterio; lo más puesto en razón y verosímil es que se había de dejar morir de pesadumbre; pues no es desgracia de las de por ahí el perder marido como yo” (XV 226).

En el capítulo que cierra el libro también hay reflexiones sobre la muerte. Montalvo nos recuerda lo vano de la existencia humana y el poder igualitario de la Parca para todos los mortales, en la tradición de las “Coplas” de Jorge Manrique:

Todos yacen, grandes y pequeños, ricos y pobres, amontonados unos sobre otros en los senos profundos de la eternidad, sin amarse ni aborrecerse, sin estrecharse ni molestarse, quietos y callados para siempre.... Todos llegan sin ruido: los monarcas sin alabarderos y maceros, sin postillones ni trompetas; los príncipes sin comitivas de parciales ni aduladores; los ricos sin boato, los sabios sin sabiduría, los valientes sin valor, los héroes sin hazañas, los jóvenes sin juventud, las bellas sin belleza.... La muerte nos mide a todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. (LVIII 514-515)

Al concluir la última página de los *Capítulos* de Juan Montalvo, podemos decir que más que una novela caballeresca, el libro es un largo soliloquio preceptivo. La acción desaparece tras la moraleja, y de Cervantes sólo tiene el nombre de los personajes. Pensamos que, sin ellos, la obra se asemejaría más bien a los diálogos humanistas de los hermanos Valdés, en los cuales el relieve de los caracteres cuenta poco, porque lo que cuenta es el mensaje. A propósito de esta vinculación, cabe mencionar aquí que en los *Capítulos* don Quijote emplea muchísimas expresiones en latín, incluso cuando conversa con Sancho. Tanto imita este escritor a los clásicos del

Siglo de Oro, que su libro termina siendo un pastiche intertextual sin vida propia. El proyecto presentado por Montalvo en el “Prólogo” parecía encomiable y atractivo, pero el resultado fue muy diferente. Tal vez la clave para descifrar esta inconsecuencia esté en que el prólogo de los *Capítulos* fue extraído de un libro anterior de Montalvo: *Siete tratados*, en el que ocupaba el séptimo lugar, bajo el título de “El buscapié”, y por lo tanto tenía objetivos enfocados originalmente en otra dirección.

Esto nos demuestra que Montalvo no tenía un proyecto definido de libro y que fue gracias al éxito de uno solo de los *Capítulos*, publicado en una revista, que se decidió a ampliarlo y a desarrollar artificialmente un libro completo con materiales que ya había usado con anterioridad, más otros agregados. Recordemos también que tenía pensado otro título para su obra: “Ensayo o estudio de la lengua castellana”.

Apelando al tópico de la falsa modestia, dice Montalvo: “Tómese nuestra obrita por lo que es — un ensayo — bien así en la substancia como en la forma, bien así en el estilo como en el lenguaje” (*Capítulos* 48). Por ello, y en definitiva, este hipertexto resulta ser lo que dice Montalvo: un ensayo, una tentativa, un experimento anacrónico destinado a los lectores del siglo XIX, pero que entra en conflicto con la vocación independentista de muchos hispanoamericanos, cuyo ideal era muy opuesto al de Montalvo en ese momento histórico: liberarse de España, de su cultura, de sus tradiciones, y hasta de su lengua, si ello hubiera sido posible.

#### NOTA

1 Entre otros defensores del casticismo de Montalvo, encontramos a Pablo Fortuny: *Juan María Montalvo* 47 y 69; Emilio Carrilla: *Cervantes y América* 42, y Noel Salomón: “Sobre la imitación de *El Quijote* por Juan Montalvo: unas pistas a seguir...” 106.

#### OBRAS CITADAS

Anderson Imbert, Enrique. *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. Medellín: Bedout, 1973.

Carrilla, Emilio. *Cervantes y América*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1951.

Díaz Plaja, Guillermo. *Don Quijote en el país de Martín Fierro*. Madrid: Cultura Hispánica, 1952.

Dumas, Claude. “Montalvo y Echeverría: problemas de estética literaria en la América Latina del siglo XIX.” *Juan Montalvo en Francia* 77-86.

Fortuny, Pablo. *Juan María Montalvo*. Buenos Aires: Theoria, 1967.

Icaza, Francisco A. de. *Supercherías y errores cervantinos*. Madrid: Imprenta Clásica Española, 1917.

*Juan Montalvo en Francia. Actas del Coloquio de Besaçon. Paris, 1976.*  
Annales Littéraires de l'Université de Besaçon.

Martí de Cid, Dolores;. "Presencia del Quijote en Hispanoamérica." *Sesión Académica de la Reunión Anual del Capítulo de Kansas de la "Asociación Americana de Profesores de Español y Portugués" celebrada en 1962.* Kansas: Center of Latin American Studies, University of Kansas, 1963.

Montalvo, Juan. *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* Buenos Aires: Americalee, 1944.

Naranjo, Plutarco. *Juan Montalvo.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1966.

Rodó, José Enrique. "Montalvo". *El Mirador de Próspero.* Vol. 2. Montevideo: Artigas, 1965. 38-72.

Rodríguez Marín, Francisco. *Estudios Cervantinos.* Madrid: Atlas, 1947.

Rosenblat, Angel. Introducción. *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* De Juan Montalvo. Buenos Aires: Americalee, 1944.

Salomón, Noel. "Sobre la imitación de *El Quijote* por Juan Montalvo: unas pistas a seguir..." *Juan Montalvo en Francia* 87-110.

Zaldumbide, Gonzalo. *Juan Montalvo. Puebla: Cajica, 1959.*